

Luis Gonzalez y G.

***I Coloquio de
Antropología e
Historia Regionales***



**I COLOQUIO
DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
REGIONALES**

**LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN
EL COLEGIO DE MICHOACÁN**

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

JUNIO DE 1979

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN EL COLEGIO
DE MICHOACAN

Por Luis GONZALEZ.

La carrera de historia en México

Durante cuatro siglos los historiadores de la vida mexicana fueron autodidactas. Bernal, Olmos, Motolinía, Sahagún, Mendieta, Torquemada, Ixtlixochitl, Solís, Sigüenza, Clavijero, Bustamante, Alamán, Mora, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Sierra, etcétera, no pudieron anteponer a su nombre ninguno de los tres niveles de la carrera de historia. Esto indica que es posible ser historiador e incluso gran historiador sin licenciatura, maestría o doctorado en historia, pero no quiere decir que el hacer estudios históricos no sirva de nada. Quizá un poeta lírico no gane mayor cosa si sigue la carrera de literatura. Seguramente un historiador sí gana bastante en su oficio si emprende la carrera de historia. Probablemente la poesía sea sobre todo fruto de la inspiración, pero la historia es sin duda hija de la formación tanto como de la vocación.

En todo el mundo la enseñanza de la historia como carrera universitaria es reciente; en México, acaba de cumplir medio siglo. La Universidad de México, en vísperas de ser autónoma, en 1927, inició cursos para preparar agregados, maestros y doctores en historia. En los cuarentas, en la ciudad de México, la fiebre de formar historiadores culminó con la reforma de los estudios históricos de la UNAM; con el arranque, en 1941, del centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; en 1942, con el establecimiento de una maestría de historia en la Escuela Normal Superior, y en 1946, con el inicio de la carrera de etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología. En los últimos años ha habido otra racha de fundaciones de interés histórico. En la ciudad de México se han fundado cinco escuelas más de historiadores: las de las universidades Iberoamericana y Metropolitana, la de la Escuela Nacio

nal de Estudios Profesionales de Acatlán y la del Instituto de --
Cultura Superior. En la metrópoli ya hay siete escuelas de este --
tipo. En las provincias de México, hay quince: dos en los dos más
viejos institutos de enseñanza superior de Guadalajara, y una en
cada una de las siguientes universidades: Autónoma del Estado de
México, Michoacana, Veracruzana, de Guanajuato, de Guerrero, de --
Puebla y de Nuevo León. También ofrecen la carrera de historia --
dos escuelas normales superiores de Puebla, una privada de Monte-
rrey, las estatales de Oaxaca, Nayarit y Chihuahua y la Escuela --
Normal Superior Juana de Asbaje de la ciudad de Zamora. En total,
de acuerdo con el directorio de Instituciones de Educación Supe--
rior hecho por la ANUIES, existen actualmente en la República Me-
xicana veinticuatro fábricas de historiadores. Si la enumeración
anterior es correcta, a la escuela de historia del Colegio de Mi-
choacán le corresponde el número 25.

De no tener ninguna, México se ha hecho de veinticinco escue-
las de historiadores en sólo cincuenta años. La gran mayoría for-
ma clionautas del modelo erudito, vulgarmente modelo hormiga. For-
ma compiladores de imágenes ya hechas de historia universal, con-
tinental y nacional; educa gente para llevar saberes de los apun-
tes de clase y de los libros de historia a los cursos históricos
que se imparten en miles de secundarias y preparatorias del país.
Casi todas nuestras escuelas de historiadores se dedican a surtir
la creciente demanda de maestros de educación media. No forman --
eruditos de los que a fuerza de engrudo y tijera escriben histo--
rias documentales. Se limitan a deparar a sus alumnos una erudi--
ción derivada, de segundo grado, pero a fin de cuentas indispen--
sable. Estos institutos que instruyen docentes para que vayan a --
instruir a los millones de alumnos de secundaria y preparatoria --
de todo México podrían duplicarse y ni así satisfarían la demanda
de maestros de historia.

Cada vez hay más escuelas para esculpir historiadores del mo-
delo filosófico, vulgarmente denominado modelo araña quizá porque

la adquisición de esta sabiduría histórica, por más pseudo que sea, requiere de poco esfuerzo de parte de preceptores y alumnos. Los enseñantes instalan en la cabeza de los educandos un rollo que contiene una visión precientífica, aunque algunas veces se llame científica, de la historia universal. De ese rollo, si el alumno tiene una buena dosis de pasión y de inventiva, y un arsenal mínimo de nombres y fechas, pueden sacarse, como la araña se saca su teleraña, todas las historias que se quiera. Estas historias que -- parten de metahistorias suelen ser polémicas, apasionantes, útiles como arma de la reacción, como arma de la revolución, como arma de nacionalistas, como arma de universalistas, como arma de los conservadores y como arma de los liberales. Quienes las esgrimen se sienten los únicos depositarios de la verdad, pero...

Son muy pocas las escuelas empeñadas en la hechura de historiadores del modelo científico, el modelo abeja en términos vulgares, el del historiador que se acerca al pasado al través de las huellas de ese pasado, que es consciente de sus ideas previas, -- simpatías y antipatías y está dispuesto a cambiarlas si el resultado de la investigación se lo pide, y que no es esclavo de sus prejuicios como el historiador-araña, ni de sus fuentes, como el historiador-hormiga. Sólo unas cuantas escuelas mexicanas de historiadores se han hecho el propósito de formar el historiador que se comporta como hombre de ciencia a la hora de establecer los hechos y como artista en el momento de transmitirlos,

El Colegio de México y El Colegio de Michoacán.

Quizá haya sido el Colegio de México el primer instituto en nuestro país que puso manos a la obra de diseñar historiadores -- científicos, muy diferentes a los anticuarios y a los filósofos -- de la historia. El Centro de Estudios Históricos del Colegio de México se hizo con el fin claro y muy consciente de hacer, "con -- alumnos vocados, becados y capaces", estudiosos en serio de la vida de América. En aquella institución, donde enseñaron Zavala, -- Gaos, Miranda, Millares, Chevalier, Altamira. Iglesia y otros ---

transterrados del Viejo Mundo, el coto general de investigación fue la historia de Hispaniamérica, y particularmente la historia de México desde la llegada de los españoles hasta las postrimerías del siglo XIX. En aquel centro, el plan de estudios constaba de relativamente pocos cursos: dos panorámicos de historia de la cultura occidental; tres dedicados a Hispanoamérica; dos o tres de teoría y método de la historia; otros tantos de técnicas de investigación documental, y algunos monográficos, y los que fuera necesario, según las inclinaciones temáticas de cada alumno, de idiomas antiguos y modernos.

Por lo que mira a métodos de enseñanza se aplicó desde el principio el que se denominaba método de seminario consistente en diálogo maestro - alumno y en trato alumno-documentos. Alrededor de una mesa, durante las clases, los profesores exponían, los alumnos contraponían y entrambos llegaban a una síntesis. En la biblioteca y en el archivo, se iniciaba desde el primer día la búsqueda documental y se ejercitaba rigurosamente a los estudiantes en las operaciones programáticas, heurísticas, críticas y hermenéuticas. En el propio cuarto de la casa de asistencia, el estudiante, siguiendo las indicaciones del maestro, se ejercitaba en las restantes operaciones propias del trabajo histórico hasta llegar, cada semestre, a la redacción de un artículo publicable, y al final de la carrera de ocho semestres, a la escritura de un libro cuya publicación solía ser recomendada por los miembros del jurado del examen final de maestría, que era el único examen de preguntas y respuestas padecido por el alumno.

Poco después de haber comenzado en Europa aquella gritería sobre la necesidad de establecer un diálogo entre historiadores, sociólogos, economistas, antropólogos, politólogos y geógrafos; cuando Braudel pidió que la historia se beneficiara "del empuje victorioso de las jóvenes ciencias de asunto humano", el centro de Estudios Históricos del Colegio de México introdujo la enseñanza, en forma de breviarío, de las principales ciencias del hombre: economía, sociología y ciencia política. Luego, apenas empezada -

la boga de técnicas novedosas de investigación, por ejemplo, la técnica cuantitativa, se puso a transmitir las a sus educandos. Es decir, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México nunca ha caído en el pecado de la rigidez; jamás, pese a su adherencia a un tronco de principios bien firme, ha evitado la moda pasajera.

Con sus peculiares principios, métodos e innovaciones el instituto que nos ocupa lanzó a la circulación medio centenar de historiadores con grado de maestría cuyas obras han sido muy bien acogidas por el sector histórico de la comunidad científica del mundo. Modestia aparte, ser egresado del Centro de Estudios Históricos del Colmex es un timbre de orgullo y un pasaporte para circular libremente y en primera por la república internacional de las humanidades. Dos procederes de aquella institución demostraron su eficacia, y por lo mismo son merecedores de imitación. De aquí que el Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán se construya a imagen y semejanza de la maestría del CEH de Colmex mutatis mutandis.

Considerando que la institución modelo está ahora ocupada -- más en el acabado que en la obra negra, en el pulimento de doctores que no en el tallado de maestros; considerando la creciente -- popularidad de la historia como profesión y la demanda, por parte de nuestros institutos de cultura, de historiadores bien formados, de corte científico-humanístico; considerando la concentración de este tipo de profesionales en la metrópoli y su notoria escasez -- en la provincia donde son tan necesarios como en la capital; considerando la urgencia de promover la historia provincial o microhistoria desde la provincia; considerando algunas ventajas que otorga el ambiente de Cuautitlán al investigador de las ciencias del hombre, y considerando el interés del poder público en la descentralización de los institutos de alta cultura, con el apoyo de organismos públicos federales y del Estado y con la guía del Colegio de México y del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se ha puesto en acti-

tud de marcha, junto a un Centro de Estudios Antropológicos, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán.

En uno de los discursos de inauguración del Colmich, ahora publicado en el primer Boletín de nuestro instituto, se justifica la elección de la ciudad de Zamora como sede del Colmich. Allí se dijo: "La tradición zamorana está presente en valiosas obras de entendimiento, que no en trabajos de albañilería". La Zamora actual es una de las ciudades pequeñas más dinámicas de la República. Zamora tiene una rica tradición cultural que pide a gritos la búsqueda histórica. Zamora cambia y progresa con tanta rapidez que necesita, si quiere un armonioso futuro, de la investigación y las sugerencias de antropólogos e historiadores. Aunque Zamora no posee bibliotecas y archivos abundantes, está rodeada de multitud de pueblos y rancherías donde abundan los rastros del tiempo (archivos parroquiales, hombres memoriosos, cicatrices terrestres, ruinas) y está a dos horas de tres ciudades de gran riqueza archivística: Guadalajara, Guanajuato y Morelia.

La elección de Zamora como sede del Colegio de Michoacán no fue arbitraria. También obedeció a buenas razones el ponerlo en marcha con dos centros que se ayudarán mucho entre sí: el de estudios antropológicos y el de estudios históricos. Los planes de estudio de aquel ya han sido llevados, por el Dr. Guillermo de la Peña, a la mesa de las discusiones. El plan de estudios elaborado para el Centro de Historia aun no recibe el baño de la crítica. Esta es su primera comparecencia pública. Ojalá no termine en jiromatiza.

Instalaciones, maestros y alumnos.

Nuestra institución todavía no tiene mucho de que presumir en lo tocante a instalaciones. La casa actual es casa chica, pero probablemente para fines de 1980 Colmich ya tenga un albergue adhoc. El par de aulas de que dispone son reducidas, pero no las requiere más amplias dado lo pequeño de los grupos de estudiantes. Por lo pronto, la administración cuenta con suficiente espacio, -

que no los profesores y los alumnos para sus investigaciones. Falta tan cubículos y quizá resulte insuficiente la sala de lectura. El depósito de libros se llenará muy pronto. Ya están allí diez mil volúmenes sin contar folletos ni números de revistas. Están por llegar otros miles de libros. El uso de la biblioteca no podrá ser al principio muy eficiente por problemas de clasificación de los fondos y escasez de obras de referencia, pero en un plazo de doce meses quizá se convierta en el servicio bibliotecario más importante de una vasta zona del Occidente de México. Se procurará hacer muy fluido el servicio de la biblioteca propia y muy eficaz la ayuda del sistema del préstamo interbibliotecario nacional. -- Los libros que no estén aquí no los tendrá el estudioso a la hora de pedirlos, pero sí antes de una semana. Si los libros fueran tan urgentes para el investigador como los fármacos para el enfermo -- nuestra condición sería fatal. Si no hubiese ahora la manera de reproducir publicaciones fuera de préstamo, también nos pondríamos en plan de lamento. Se espera proporcionar con cierta amplitud el servicio de reproducción mecánica de papeles. Por lo que mira a máquinas, hoy tan indispensables para los investigadores, El Colegio y la ciudad ofrecen muchas oportunidades, inclusive la de la computadora.

En tiempos de don Justo Sierra se pedía que los profesores de historia fueran hombres elocuentes cuyo corazón estuviese lleno de patriotismo. Para el modelo de clionauta que quiere formar el CEH de Colmich, el catedrático no hace falta que deslumbre a los alumnos con su oratoria ni que los conmueva con su patriotismo. Aquí se procurará que tanto los profesores residentes como los visitantes tengan en su haber investigaciones históricas de hondura, sean autores de libros valiosos y además alberguen las virtudes mayéuticas de alguien que no escribió. Queremos buenos historiadores -- aunque no sean buenos conferenciantes; queremos tutores capaces -- de dirigir una vocación histórica aunque no sirvan para promover una manifestación pública. Ojalá que éste fuera sólo un colegio de sabios distraídos de los que según el matarife de Lavoisier no

necesita la revolución pero sí la sociedad en sus etapas constructivas que son las más. Ojalá que logremos interesar a investigadores ilustres de muchos sitios del mundo para incorporarlos como maestros visitantes, además de los ya contratados.

En el cartel que el doctor Francisco Miranda, director del CEH, lanza a los cuatro vientos con la oferta de una maestría en historia, exige a los posibles interesados en cursar la maestría en Colmich ocho requisitos: 1) licenciatura en historia o en ciencias sociales. 2) Testimonio de los cursos llevados previamente y del promedio de calificaciones obtenidas en ellos que debe ser de ocho sobre diez como mínimo. 3) Edad máxima de 30 años. 4) Afición y vocación a la historia. 5) Compromiso de ser alumnos de tiempo completo. 6) Aceptación de beca. 7) Ofrecimiento de testimonios suficientes de buena salud y buena conducta, y 8) Compromiso de sujetarse a los reglamentos del propio Colegio.

Es de suponer que si un aspirante a nuestra maestría de historia no tiene una licenciatura en la materia o en una afín no podrá seguir cursos que requieren otros anteriores, aunque es posible entrever, y en tal caso exceptuar del compromiso, a un científico natural con suficiente autoformación historiográfica. Es difícil creer que alguien con bajas calificaciones, principalmente en ciencias sociales, sea capaz y vocado para seguir una de ellas, salvo que se demuestre, con testimonios de mucho peso, lo contrario. Sin duda que personas mayores de treinta años pueden estar en los comienzos de una carrera de historiador, pero es de suponer, que por sus obligaciones, ya no sea posible cubrirlas con una beca corta y que por lo mismo no puedan dedicar tiempo completo al estudio de su vocación tardía.

Un requisito indispensable de cualquiera que aspire a ser -- historiador científico-- humanístico es la afición. No es concebible un buen libro de historia hecho en frío. Aparte, los no vocados no perdurarán. En el campo de la historia, puestos a escoger entre un aficionado sin nada de método y disciplina y un sabio -- metódico sin afición, habría que quedarse con aquel. Como se in--

siste ahora en que la actual producción histórica de carácter fabril sólo exige de los operarios ciencia y no entrega cordial, es necesario insistir en lo indispensable que es la vocación o entrega anímica por lo menos en el gerente de la fábrica. Las escuelas que se proponen formar ayudantes de investigador quizá puedan prescindir del requisito de la vocación, pero el Colmich que aspira a la hechura de investigadores jefes de sí mismos o jefes de una factoría, no debe dispensar por ningún motivo esta virtud.

Pero tampoco se produce historia sin esfuerzo. Aunque se nos tilde de Pero Grullo, hay que repetir una y mil veces: la investigación histórico-científica exige entrega apasionada y mucho trabajo. Para que no suene tan vulgar lo anterior citaré a un gigante de las ciencias del hombre. Max Weber dice: "En el campo de la ciencia sólo tiene personalidad quien está pura y simplemente al servicio de la causa". "Sólo sobre el terreno de un duro trabajo surge la ocurrencia, aunque se den algunas excepciones a esta --- norma". Sin la disposición de pasarse la vida en el surco, de ser por el resto de nuestros días estudiante de tiempo completo del pasado histórico, no vale la pena hacer una maestría en historia como la ofrecida por El Colegio de Michoacán.

Además de pretender alumnos armados de una licenciatura, con altas calificaciones, veintiañeros, con vocación, full-time, saludables y bien averiguados, el centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán quiere que sus alumnos sean mayoritariamente oriundos de las universidades de provincia. Entre los provincianos que cumplan con todos los requisitos anteriores, se preferirá a los que puedan manejar una o dos lenguas, aparte de la suya. -- Sin la exigencia de tantos moños, no se podría poner en práctica el proyecto de estudios históricos puesto en seguida a la consideración de ustedes.

Programa de cursos.

El Centro de Estudios Históricos de Colmich ofrece maestrías en historia con duración de 27 meses, repartidos en cursos trimestrales. Se proyecta impartir tres trimestres al año. Aunque en to

dos los cursos se mezclará la teoría con la práctica, la exposición de doctrina con la aplicación de ella. En dos de los trimestres de cada año predominarían las tareas teóricas o de clase, y en el restante, las prácticas o de campo.

Se preven 24 cursos trimestrales: 6 básicos (Filosofía de las ciencias humanas, Antropología filosófica, Teoría de la historia, Historiografía clásica, Historiografía moderna e Historiografía mexicana), 6 cursos de teoría y método de las ciencias conexas de la historia (Antropología social, Sociología, Geografía humana, Economía, Ciencia Política y quizá Demografía), 6 cursos de técnicas de investigación (Técnica de investigación documental, Técnica de investigación oral, Técnica de investigación arqueológica, Técnica de investigación estadística y Nomenclatura de la historia en México) y 6 cursos de técnicas de expresión (dos de redacción en castellano, uno sobre técnicas audiovisuales de comunicación y los demás complementarios de idiomas modernos, francés e inglés principalmente).

Brillan por su ausencia los cursos informativos sobre historia universal, historia de América a historia de México. Esos cursos se suprimen porque se parte de la creencia, quizá falsa en algunos casos, de que han sido cursados reiteradas veces apartir de la primera educación, durante la secundaria y la preparatoria y en la licenciatura. En caso de que se adviertan fallas enormes de información sobre las imágenes hechas de la vida histórica universal, continental y nacional, habría que abrir cursos de lecturas dirigidas. Quizá también resulten útiles, en un momento dado, dos o tres cursos preliminares acerca de la trayectoria del Occidente de México que será nuestro principal campo de acción.

Es ilusorio creer que un historiador, por más científico que sea, pueda trabajar sin presupuestos filosóficos, sin ideas previas acerca del hombre y acerca del conocimiento. En todo caso es preferible que conozca, que sea consciente de sus ideas previas y prejuicios a que las asuma sin saberlo, ingenuamente. Si las conoce puede desecharlas en el curso de su investigaciones si así se lo indican éstas. Si procede sin la necesaria conciencia filosófi

ca será esclavo de ésta o aquella filosofía o de una olla podrida de ideas filosóficas. Por lo mismo, parece saludable para los vocados a la historia científico-humanista ofrecerles cursos sobre las concepciones acerca del hombre y sobre las ciencias humanas y especialmente sobre el conocimiento histórico. Y en este caso, no hay que ocultar nada de las irresoluciones de nuestra disciplina. Hay que hacer conscientes a los estudiantes de que la historia es una ciencia imperfecta.

Como don Francisco Miranda parte del supuesto que es altamente formativo para un aspirante a historiador saber como han trabajado los demás historiadores, incluye en su programa de materias dos cursos de historiografía universal, uno para dar cuenta de -- los procederes de los historiadores clásicos, de Herodoto a Vol--taire, y el restante para hacer conscientes a los neófitos de la espléndida variedad y de los múltiples caprichos de la historio--grafía en el mundo moderno y científico. Pero como nuestro campo de investigación será México, y principalmente el occidente del -- mismo, piensa en un curso de historiografía mexicana que resucite las ideas, los métodos y el instrumental de los historiadores de México, y principalmente de los que han trabajado esta parte occi--dental del país que suelen ser los historiadores de los que no se habla en los cursos de historiografía de México.

En estos tiempos todo historiador cabal necesita saber conce--bir proyectos de estudio; organizar programas; recoger informacio--nes en archivos, bibliotecas, sitios arqueológicos, supervivencias culturales y dichos de la gente; reunir y clasificar notas; empre--nder diversas y arduas operaciones críticas y hermenéuticas; encon--trar causas y levantar estructuras. Antes no existían los neces--arios caminos y vehículos para moverse en la selva de la investiga--ción histórica. Ahora ya existen muchos métodos y técnicas que fa--cilitan las diversas operaciones del investigador del pasado, y --sería condenable el no ponerlas a disposición de quienes aspiran a ser historiadores científicos cabales, a ser ellos mismos, a u--sar lo menos posible del trabajo ancilar. Junto a los caminos tra--

dicionales de hacer historia se mostrarán los métodos novísimos, las nuevas formas de interrogar al pasado y las nuevas técnicas de recoger, interpretar y unir los testimonios históricos.

Hasta hace poco se nos enseñaba que la historia únicamente debería ocuparse de lo irreplicable de la conducta humana, de los sucesos únicos que por su gran influencia o por su trascendencia se volvían dignos de recordación. Aun entonces la ciencia histórica espigaba muchos de sus datos mediante categorías extraídas de las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy que la historia se ocupa no únicamente de la relación de hechos particulares y de la comprensión de personajes sobresalientes, sino también de los hechos de repetición y de la gente menuda, y que además construye unidades históricas y las engarza en el rosario de la historia universal, el historiador necesita enterarse, establecer diálogo, ponerse al tú por tú con los otros científicos del tema humano. Pero para poder entrar en charla fecunda con los vecinos necesita un conocimiento previo de sus costumbres, de su idioma, de sus obsesiones. Ese saber elemental ^{no} debió adquirirse en la preparatoria y en la licenciatura pero como fue así, hay que conquistarlo aquí, en la maestría, y en la forma que sea más útil para un historiador en ciernes. Aunque por razones de tiempo resulten muy elementales los cursos de antropología social, sociología, demografía, ciencia política y economía, pueden ser muy provechosos para nuestros estudiantes.

Por lo demás, la historia por más rigurosa que sea, nunca será tan crudamente científica como las ciencias de la naturaleza o como las disciplinas sistemáticas del hombre. La reconstitución del pasado no tiene por que abjurar de su condición retórica. Si todos los demás saberes deben rehuir la torre de babel, sacarle el bulto a la corrupción lingüística, transmitirse al prójimo con claridad y brillo, con mayor razón debe hacerlo la historia por la delicadeza y la emotividad de su asunto. El Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán se cree en la obligación de infundirles a sus alumnos la necesidad de un manejo adecuado del i-

dioma y de recordarles que la historia es una musa.

Ahora y en nuestro México no hace falta justificar el aprendizaje del inglés. La americanización del medio es tan mayúscula que todo mundo le atribuye a la posesión de la lengua del vecino mucho más virtudes de las debidas. Con todo, una gran parte de la literatura histórica mexicana esta sólo en inglés o en francés y si se quiere hacer uso de ella hay que leer esos idiomas. Por lo demás, en algunos casos, será mucho más útil la adquisición de -- una lengua clásica como el latín, en la que están escritos muchos textos coloniales, o una lengua vernácula como el tarasco, valioso vehículo de tradiciones orales en estas latitudes.

Creemos que el número de horas de clase al día no debe pasar de tres. Creemos que los alumnos deben dedicar la mayoría de su tiempo hábil a la lectura, durante los trimestres preponderantemente teóricos, y a la investigación, durante los trimestres de práctica. Creemos que en cada trimestre del primer tipo el estudiante debe producir por lo menos unas cuartillas de ejercicio y que en cada trimestre de investigación un artículo publicable. Creemos -- que al final de los cursos el joven historiador, ya bien ejercitado, podrá salir bien y en corto tiempo con el compromiso de la tesis.

Programa de investigaciones

Se procurará que los estudiantes se incorporen desde el principio de la maestría a uno de los proyectos de investigación patrocinados por El Colegio de Michoacán y puestos en marcha por -- sus profesores residentes. Por regla general, el tema de los ejercicios trimestrales de investigación habrá de escogerlo el alumno sin salirse del corto repertorio de temas en estudio por los -- maestros. Para el tema de la tesis se ampliará mucho la libertad de escoger. Con todo, en cualquier caso se evitará la tentación -- catedrática de utilizar a los alumnos como ayudantes. El anhelo -- es hacer historiadores libres que sepan aprovechar el rico fondo

de sus vivencias personales y la documentación ofrecida por el -- ambiente donde viven. No se necesita decir que las investigacio-- nes de maestros y alumnos deben estar en estrecha relación con el lugar donde nos encontramos.

Hasta ahora, los proyectos de investigación de índole histó-- rica, auspiciados por Colmich, se salen del ámbito del occidente, entendido por tal el territorio donde se asientan Nayarit, Jalisco, Colima, Guanajuato y Michoacán, aunque en el futuro no necesa riamente van a circunscribirse a estos Estados y ni siquiera uni camente a la República Mexicana. De los que están en marcha o a -- punto de emprenderla, uno se refiere al valle de Zamora, tres a -- pequeñas regiones limítrofes del valle, una al conjunto del Bajío zamorano, dos a todo Michoacán, dos al sur de Jalisco y una al oco cidente en su totalidad.

Naturalmente las inquisiciones de los antropólogos sociales, aun las de intención históo rica, no se remontan mucho en el río -- del tiempo. De los programas presentados por historiadores, uno a s pira a detenerse en la cultura michoaque en vísperas del arribo -- de los hombres blancos y de alpargatas; otro se ubica en la época española; tres en el siglo XIX y un número igual, en el pasado i n mediato, en el tiempo de la Revolución Mexicana. En suma, el ámbio to espaciotemporal de las investigaciones de Colmich ya no merece el calificativo de muy estrecho; es un gimnasio suficientemente -- grande para ejercitar bien a todos los alumnos que sean aceptados en nuestro par de aulas a partir de septiembre del año s omante.

Los proyectos de investigación histórica cobijados por El -- Colegio de Michoacán ofrecen al unas rarezas positivas. Me refe-- riré a una. A la mayoría de nuestros investigadores, contra lo -- acostumbrado por la mayoría de los investigadores de México, le -- preocupa más la comprensión de los hacedores de hechos que la re-- lación de los hechos mismos. Todavía más: lo común es recordar a los personajes mayúsculos del pasado (jefes de ejércitos, heroes genocidas, sabios enormes, políticos de altura, santos y demás v a rones ilustres) Entre nosotros lo raro es la rememoración de los

grandes. Pese a ser mucho más difícil la documentación de los --- donadie, la gente de esta casa se inclina por repensar los pensamientos y reconstruir las acciones del vulgo de otras épocas. En otros términos, este Colmich, por lo que dejan ver sus proyectos de trabajo, tiende a la especialización en subhistoria, en historia del pueblo, en la comprensión de hombres comunes y corrientes. -- Quizá el esfuerzo en tal sentido ayude a corregir la visión del -- pasado que nos han transmitido los historiadores de la high life, hasta ahora la única clase social historiada.

Por último, es conveniente aclarar que las tendencias micro-históricas y subhistóricas del Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán, su gusto por los estudios regionales y por la historia de los humildes no tiene nada que ver con ninguna praxis política. Todos los aquí presentes, según creo, saben que las virtudes del político son muy distintas a las del hombre de ciencia. Quizá todos tengan convicciones políticos pero ninguno hace política strictu sensu. Espero que también entre los alumnos predomine la tentación de ser sabio a la tentación de ser poderoso -- pues nuestras actividades están hechas para desembocar en libros y no en cargos.

Quizá la fama sea compatible con la investigación científica. Desde luego ni la acción política ni los negocios lo son. Esto último no quiere decir que los estudiantes estén condenados a la miseria una vez que hayan concluido aquí sus estudios y ya no recibían una beca de sostenimiento. Habrá quienes continúen de estudiantes, con vistas a un doctorado en la capital mexicana o fuera del país. Habrá quienes prefieran ponerse a enseñar en universidades e investigar en archivos y bibliotecas. Ninguno, me atrevo a predecirlo, se quedará sin trabajo y sin justa retribución. Como la historia científica no sólo interesa a los eruditos, ni únicamente a la burguesía sino cada vez más a grandes sectores de la población, el buen historiador de los años próximos podrá vivir de sus regalías por artículos y libros y del pago de sus conferen---cias. Además, el Estado mantendrá el interés en patrocinar, en se